



FUNDACION
SALVADOR ALLENDE
SANTIAGO DE CHILE

DONACION
Fecha 28/9/92

arauco

editorial | **La hora
de la
simulación**

Raúl Ampuero Díaz
Secretario General del
Partido Socialista.

Dijo el señor Frei, en el curso de su campaña: "Prefiero una derrota limpia a un triunfo comprometido". Con esa frase parecía ratificar el juicio del diputado Fuentealba, pronunciado en los comienzos de la jornada: "No seremos el balón de oxígeno de la derecha".

Palabras que se llevó el viento, o, en el mejor de los casos, buenas intenciones para contribuir a pavimentar los caminos del infierno. Ya en los inicios de la lucha la actitud mental de la democracia cristiana apareció claramente diseñada para el observador acucioso; reconociéndose como fuerza minoritaria, colocada al centro de la geografía política, se orientó a utilizar su contingente electoral como elemento de extorsión. Planteaba, simultáneamente, a la derecha y a la izquierda, su capacidad para definir la contienda presidencial en uno u otro sentido, siempre que se le reconociese a ella un título exclusivo para determinar el hombre y el programa. Utilizando el oportunismo más cínico, parecía no advertir inconveniente alguno en que ese programa y esa postulación tuviese como plataforma de apoyo, indistintamente, a las viejas fuerzas conservadoras o a las pujantes fuerzas populares, impacientes por alcanzar cambios sustanciales. El que, a fin de cuentas, haya sido la colaboración de la derecha la que determinó su victoria, resulta perfectamente lógico, puesto que, por debajo de las palabras seductoras, de las sedicentes posiciones anticapitalistas, de una "revolución en libertad", pasteurizada y aséptica, y del "realismo" para apreciar nuestras relaciones con los EE. UU., era fácil descubrir el propósito de mantener el orden tradicional y de garantizar a los poderosos una confortable y sosegada supervivencia. La natural simbiosis se proyectaba, además, en una perfecta división del trabajo. Allí estaban, en mari-

daje estrecho, los que fabrican a los pobres, preparando el terreno para que después los otros, en piadosa misión cristiana, lleven hasta ellos la caridad. En armonía envidiable, unos ponían a disposición del freísmo sumas fabulosas de dinero para el cohecho, el soborno y la propaganda, y otros la demagogia adecuada para cubrir tales desparpajos con la hoja de parra de la libertad.

El Frente de Acción Popular, en resguardo de la limpieza de sus objetivos políticos y sociales, hizo bien cuando rechazó el chantaje y sacrificando perspectivas utilitarias se enfrentó valerosamente a la tarea de conquistar la Presidencia de la República, confiando sólo en sus propios recursos y en la adhesión creciente de extensos sectores independientes. Tal vez su mayor error estratégico consistió en haber avalado el carácter popular de la democracia cristiana, subestimando su esencia reaccionaria, durante la primera parte de la administración Alessandri. Una actitud polémica en lo ideológico, y de clara independencia táctica, habría obstaculizado la operación desorientadora en que se empeñó, con éxito, el neofalangismo. Sólo a fines de 1962, en el Pleno Nacional del Partido Socialista, se inauguró una política diferente, ampliamente compartida luego por el conjunto del FRAP. Pero el daño estaba hecho, las elecciones municipales de 1963 ensancharon el campo de maniobra de la democracia cristiana y, desde entonces hasta nuestra victoria de Curicó, todos sus esfuerzos se encaminaron a obtener el apoyo electoral de los partidos tradicionales. La Derecha, por su parte, notificada por la elección complementaria de la profunda penetración política del FRAP, pasando por encima de la humillación, desesperada ante la probable instauración de un gobierno genuinamente popular, consciente de que sus más vitales intereses de clase estaban amenazados, terminó por sucumbir ante la presión del freísmo.

Así, sin documentos solemnes, en un pacto tácito de intereses solidarios, la reacción y el imperialismo unieron su suerte a una política aparentemente nueva, pero históricamente confundida con ellos en la preservación de los viejos privilegios.

Todo el aparato de presión de la oligarquía fue puesto al servicio del freísmo. La prensa monopolista, las compañías extranjeras, los terratenientes espantados, los sectores más reaccionarios de la Iglesia, las instituciones filantrópicas financiadas por capitales nacionales y extranjeros, todo ese gigantesco mecanismo pasó a servir los intereses electorales de la Democracia Cristiana. Esta, por su parte, proclamó oficialmente su repudio a toda forma de nacionalización y su propósito sincero de garantizar ese conjunto de privilegios que utilizado por los grupos minoritarios, y negado —por supuesto— a las masas, se sigue amparando bajo un falso concepto de la libertad.

En el orden publicitario, no se dejó de utilizar ningún recurso, por deleznable que fuese, para impresionar a los sectores políticamente más inmaduros y para aterrorizar hasta el paroxismo a quienes nada podían perder salvo el derecho más o menos nominal a una vida sin sobresaltos. En la utilización de tales procedimientos no hay inocentes. Desde el señor Frei hasta sus activistas mercenarios, pasando por todos los escalones de sus comandos, son culpables de haber envilecido la campaña presidencial hasta un extremo desconocido en las prácticas cívicas chilenas.

La conjuración antipopular no se detuvo siquiera en las fronteras vedadas del interés patrio. Desde Washington, desde Puerto Rico, desde Buenos Aires, desde Lima, desde todas partes, se movilizaron los ingredientes del miedo, hasta crear —con la complicidad personal de los dirigentes de la campaña adversaria— la imagen de que Chile, con el triunfo de Allende, se enfrentaría inevitablemente a un conflicto exterior. Ayudaron los "gorilas" argentinos encoñando el problema de Palena; ayudó el Pentágono organizando ejercicios navales en las costas de Chile y anunciando enormes maniobras conjuntas en diciembre, con propósitos antisubversivos, en el sur del Perú, con la participación

de tropas yanquis y de cinco o seis naciones latinoamericanas; ayudó el Departamento de Estado, suscribiendo apresuradamente un pacto de ayuda mutua con la República vecina en condiciones incomparablemente más liberales que las establecidas en convenios análogos con otros países y enviándole, entre mayo y agosto, pertrechos militares por una suma no inferior a los 15 millones de dólares. De esa manera la candidatura Frei podía presentarse como una garantía de paz aunque, bien es cierto, al precio de quebrar el tradicional sentido de dignidad de los chilenos.

Al peso abrumador de los factores señalados se agrega la inaudita deficiencia de los mecanismos propiamente electorales que sólo puede explicarse por la incompetencia más grosera o la mala fe sistematizada. Miles de ciudadanos fueron eliminados de los registros electorales sin causa legal, especialmente en la comuna de San Miguel. Algunos de ellos —muy pocos— lograron en el curso del día obtener certificados que acreditaban el error de las cancelaciones; el resto —casi la totalidad de los reclamantes— se vio imposibilitado de sufragar porque le fue físicamente imposible obtener la rectificación oportuna.

La victoria del señor Frei es, entonces, una victoria comprometida. No se trata, sin embargo, de llorar sobre la leche derramada. Perdimos la oportunidad de conquistar la Presidencia de la República, pero un millón de voluntades que resistieron la mentira y el miedo, cerca del 40% del electorado nacional, comprueba el impetuoso crecimiento del movimiento popular, cuya presencia en la vida del país no podrá desconocer ningún vencedor por mucho que lo embriague la soberbia. Estadísticamente, el señor Frei, mediante el apoyo liberal, conservador y demócratacristiano, contaba de partida con la adhesión de un millón de ciudadanos, aproximadamente, mientras la candidatura Allende sólo disponía de 590.000 sufragios. Uno y otro ganaron 400.000 votos, tanto del viejo campo de influencia del centro radical como del contingente de nuevos electores recientemente inscritos. En términos de porcentajes, mientras las fuerzas reaccionarias han crecido en un 40 y tantos por ciento, las fuerzas políticas del pueblo se han incrementado en más de un 66%. Es decir, lo que electoralmente es una derrota incuestionable, puede y debe ser el anuncio de avances decisivos del movimiento de izquierda en todos los terrenos.

Desde el punto de vista del contenido y la cohesión de los bloques en pugna, tampoco hay razones para caer en el derrotismo. El señor Frei, como lo anunciáramos reiteradamente, se halla ante dilemas tremendos. El mismo sabe que una parte sustancial de sus votos fueron absolutamente ocasionales, emitidos por personas que no tienen ni confianza ni esperanza en su gestión, que sólo se inclinaron en favor suyo por impulsos negativos, con los que, por supuesto, no se puede reconstruir ni mucho menos hacer una revolución. Querrá, siguiendo el modelo italiano, "abrirse hacia la izquierda", quebrar la unidad del FRAP, corromper las organizaciones populares de masas, pero largos años de lucha nos enseñan que ese sí sería el camino de la derrota definitiva. Nosotros sabemos que el oscuro peso de la tradición stalinista, y hechos históricos protagonizados por el comunismo en diferentes épocas y lugares, dan un punto de apoyo a la leyenda negra que se carga sobre las espaldas de la izquierda toda, pero, además de existir conciencia pública de que los socialistas chilenos jamás trepidamos en condenarlos en su hora, sabemos también, por experiencia directa y propia, que cuando unos u otros, socialistas o comunistas, contribuimos separadamente a establecer gobiernos aparentemente avanzados, al cabo de poco tiempo la reacción volvía en gloria y majestad a manejar el poder. Por todo eso, la alianza de los partidos populares debe persistir, como hasta ahora, permitiendo una amplia discusión de los problemas sustanciales y abriendo a todos los partidos sus posibilidades de crecimiento individual.

El señor Frei ha dicho después de su elección, que no tiene nada que quitar ni poner a sus declaraciones de la campaña. Nosotros tampoco. Dijimos que era la otra cara de la derecha y su gobierno no será ni más ni menos que eso: un gobierno de derecha. Podrá utilizar, como lo ha hecho hasta ahora, medidas más efectistas que eficaces para dar fe de su sensibilidad social. Con ello sólo agregará el escarnio al engaño. Entonces, los trabajadores aprenderán a distinguir entre los hechiceros y los revolucionarios; tales trucos lograrán demorar el día de la gran justicia pero nunca cancelarlo para siempre.

Ante una administración así nuestro papel es bien simple: situarnos en la oposición. No acostumbramos a ser amigos de quienes se declaran abiertamente nuestros enemigos.

Es posible que en los medios populares las reacciones políticas sean variadas y no falten quienes pretendan resolver los problemas de nuestra estrategia futura con fórmulas simplistas. Descarto, desde luego, a quienes propician la revolución para mañana en la tarde; fuera de ignorar las razones de por qué se abstienen de hacerla, pienso que sólo constituyen un pequeño grupo de ideólogos sin confianza en las masas. Otros plantean la posibilidad de apresurar la constitución de un solo partido obrero. Ya en otras ocasiones nuestro Partido se ha pronunciado en contra de esta tesis. Un partido único marxista sólo puede cristalizar en condiciones históricas muy concretas, harto diferentes de las que se viven en nuestro país. Pensamos, además, que el proceso interno que vive el movimiento comunista mundial constituye un obstáculo nuevo para esas perspectivas, en la medida que plantea un cisma desprovisto de vigencia real en nuestro medio y originado en concepciones orgánicas e ideológicas propias de una estructura sobrepasada por los acontecimientos contemporáneos. Sólo el socialismo revolucionario con un enfoque original y dinámico de las circunstancias de cada país, liberado de viejos prejuicios, utilizando en forma viva y original las concepciones científicas del marxismo, puede ofrecer a las masas una salida realmente revolucionaria, de modo que si nuestra independencia permitió enjuiciar libremente los deberes políticos de los trabajadores chilenos en el pasado, ella, ahora, debe ser preservada con más razón que nunca.

Chile entra a una fase en que la simulación y el engaño serán las armas preferidas de nuestros adversarios. Para restablecer la verdad, para imprimir una nueva y enérgica voluntad de combate a los trabajadores, el Partido Socialista, fiel a sus compromisos, se coloca de nuevo en el primer puesto de lucha.